

CAPITULO XII.

SOBRE LA NECESIDAD DE LA GRACIA.

Cuando Jesucristo, personalizando en sí mismo la gracia, decía á sus discípulos: *Sin mí nada podéis*,¹ reasumía en esta concisa expresion toda la naturaleza humana, todo el poder divino, toda la historia. Al cabo de cuarenta siglos, cuando la impotencia moral del hombre fué ya un hecho consumado y reconocido, aquellas palabras históricas y proféticas al mismo tiempo nada tenían de misteriosas: bastaba la buena fe para comprenderlas, y sin el pensamiento que ellas envuelven, la filosofía sin duda no podía dar un solo paso.

Para calificar el poder moral no hai mas que tres medios; sus elementos considerados en sí mismos, su accion y los resultados. Pues bien, sobre lo primero, aun el mismo paganismismo habria pronunciado ya la sentencia; y la historia del corazon, tal como hasta entónces fué comprendida, hizo que los elementos morales estuviesen representados en una luz estéril que alumbrara la virtud y en unas pasiones fecundas que sin cesar precipitaban al hombre en el mal.

§. I.

“*Muchas veces en mis largos insomnios, decia la Fedra antigua, he discurrido acerca de las debilidades y vicios de la humanidad:—venos el bien, y obramos el mal: conocemos la virtud y nos entregamos al vicio: la vida se halla sembrada de diferentes escollos hácia los cuales nos arrastra una corriente peligrosa.... Al hacer estas reflexiones me creia libre de todo extráño, cuando una pasion culpable ha venido á traspasar mi corazon con un dardo imprevisto.*”²

“Esta verdad, así expresada y puesta en accion en el teatro de Atenas por Eurípides, y reproducida con un intervalo de dos mil doscientos años en la escena moderna por Racine, es la mas antigua, la mas constante, la mas universal, y al mismo tiempo la mas inexplicable á la razon entre todas las verdades.”

“Lo que el poeta griego *en sus largos insomnios* no pudo encontrar, y lo que Racine alumbrado por una luz superior

¹ S. Juan, cap. XV, v 5.

² Eurípides, tragedia de Hipólito, acto segundo, escena 2.

habia aprendido, es la causa y al mismo tiempo el remedio de esta extraña sujecion de la voluntad del hombre al imperio del mal, y el pensamiento que el poeta francés expresó siguiendo á San Pablo:”

Dios mio, ¡guerra cruel!
 Dos hombres encuentro en mí:
 El uno ardiendo por tí
 Su culto te rinde fiel:
 El otro indócil, traidor
 Rebelde contra su rei,
 Desprecia tu santa lei
 Y provoca tu furor.¹

.....
 En guerra conmigo mismo,
 De todo bien incapaz,
 ¿Dónde encontraré la paz
 En tan miserable abismo?
 Sujeto á fatal destino
 Conmigo mismo peleo,
 Huyo del bien que desco,
 Y corro al mal que abomino.
 ¡Oh gracia! con tu poder
 Líbrame de este enemigo,
 Reconcíliame conmigo,
 Restituyeme á mi ser:
 Y si hasta ahora contrario
 Fuí á tus bondades, convierte
 A este esclavo de la muerte
 En tu esclavo voluntario.”

“Profundicemos esta importante verdad, y arrojémosnos á los abismos del corazon humano, que es el teatro de ella, para contemplarla allí con nuestros propios ojos.”

I.

“Estamos propensos al mal: este es un hecho evidente. Nuestra voluntad está enferma, y se inclina visiblemente á la violacion de las leyes de nuestra naturaleza moral. Basta que una cosa sea prohibida, es decir, contraria á la razon

¹ Cada uno de nosotros podria decir como Luis XIV cuando Racine le leia estos bellos versos:“ ¡Oh! á estos dos hombres yo los conozco muy bien.”

y á la conciencia, para que desde luego nos atraiga, y nuestra voluntad se incline á ella.—*Nititur in vitium.*”

“Hai aquí seguramente una grande anomalia. Todo sigue su lei en la naturaleza; todo, desde el insecto hasta los astros, camina en orden y concurre á la armonía universal que nos revela la inteligencia creadora del universo. El hombre solo camina hácia el desorden, y en sus sociedades presenta un caos tal de horrores y de vicios, que hasta llega á oscurecer la gran verdad de la existencia de un Dios, de suerte que para encontrarla es necesario salir de la humanidad hasta el punto que la obra maestra es precisamente la que acusa al artífice.—Hai aquí, repito, una grande anomalia.”

“Y no se diga que siendo el hombre el *único* ser libre, no es extraño que sea el *único* sujeto al error;—porque desde luego contestaré que no se trata de la *posibilidad* de errar, sino de la *facilidad* de errar, de la preferencia en favor del error y de la inclinacion hácia el mal.”

“Para que el hombre estuviere en el orden, y para que este edificio fuese cual ha debido ser por analogía con las demas obras de la creacion, seria preciso por lo ménos que su libertad estuviere en equilibrio y se mantuviese como en aplomo consigo mismo. Seria menester mas; esta libertad, como un instrumento bien construido, debió darse al hombre en disposicion á propósito para el bien. ¿De dónde procede que hoi día la vemos trocada, de manera que el mal se haya convertido en el bien que desea? ¿De dónde procede que la misma palabra que expresa la virtud, expresa tambien la violencia hecha á sí mismo, y que los que la practican son honrados como seres sobrehumanos?”

“Si naciósemos buenos y nos volviéramos malos por el abuso de nuestra libertad, concebiria yo mui bien que no seria preciso elevarnos mas arriba de la libertad para explicar el mal que en nosotros existe. Pero sucede al revés: nacemos malos, y nos volvemos buenos á fuerza de cultura, á fuerza de auxilios. Nacemos en el fondo de un abismo, y solo ayudados de mil brazos que hácia á nosotros se tienden, llegamos á levantarnos algún tanto, conservando siempre una fatal propension á la recaída.....”

“Esta es la naturaleza humana: heredámosla con la sangre de las mismas fuentes de la vida, adquiriendo con ella la inclinacion al mal, y recibiendo de nuestros padres lo que ellos mismos recibieron de los que los engendraron.—Su- biendo así de generacion en generacion, llegamos hasta el

primer hombre, y nos preguntamos si él tambien recibió de su autor inmediato, que es Dios, este apego al mal, esta parálisis para el bien, que distingue á toda su raza.—Si nos decidimos por la afirmativa, hacemos poco ménos que negar á Dios.—Pues ¿qué es lo que nos hace conocer á ese Dios? La sabiduría, el orden, la belleza que brilla en sus obras, y de la cual él es primer manantial; de donde se sigue que el acusarle de haber hecho al hombre, que es su obra maestra, en su estado de desorden y depravacion en que ahora nacemos, es suprimir en la idea de Dios todo lo que la constituye, y en una palabra, negar su existencia.—Pero todo lo demas de la naturaleza nos hace retroceder ante esta consecuencia, y ¿qué queda entónces!—Queda que Dios ha puesto necesariamente en su obra maestra la bondad, la rectitud, la perfeccion y el orden en que cifra su propia naturaleza, y que ha repartido en diferentes grados entre todos los seres que salieron de sus manos: que el hombre fué creado recto y en el orden que le señalan sus facultades con respecto á Dios, á sí mismo y á toda la naturaleza: que el trastorno de este orden que hoi día es la causa de que la naturaleza se rebelde contra sus sentidos, sus sentidos contra su razon, y su razon contra Dios, es un hecho posterior á su creacion; y como el hombre dotado de libertad fué constituido custodio responsable de su propia perfeccion, este trastorno se le debe imputar, atribuyéndolo necesariamente la causa de él á una primera mancha que corrompiendo el tronco de su especie ha infestado todas las ramas hasta que la corrupcion vino á ser una segunda naturaleza.....”

“De aquí pues dos mundos, dos naturalezas, dos hombres existen en nosotros que se hallan en lucha continua. En esta lucha, si no viene á nuestro socorro una mano sobrenatural, el hombre perfecto no puede volverse á levantar: tiende sin cesar á caer, y tiene un enemigo que le domina, le derriba y le abruma con su peso. Sin embargo, no es difícil ver que la prioridad de su esencia se encamina al bien, porque desde luego concebimos este bien, lo deseamos, lo aprobamos, y el mal solo viene despues como un usurpador de él, á diezmar todos nuestros buenos propósitos, y á derribar todos nuestros planes de enmienda.—Vemos el bien, pero tomamos el mal.”

.....Vidco meliora, proboque
Deteriora sequor,

decia Ovidio, como habia ya dicho Eurípides, como dijo luego Racine despues de San Pablo; porque los hechos psicoló-

gicos sobre los cuales raciocinamos, son lo que hai de mas probado y mas constante en la naturaleza humana.”

“Y lo que decimos del corazon del hombre con respecto á la virtud, podemos decirlo igualmente de su inteligencia con respecto á la verdad, y de todo su ser con respecto á la dicha y al reposo. El hombre lleva consigo este extraño fenómeno de grandeza y de miseria, de orgullo é impotencia, de esperanza y de engaño. Su inteligencia, su corazon, sus sentidos, tres teatros de confusion y de lucha entre la luz y las tinieblas, entre el bien y el mal, entre el placer y el dolor, y siempre con esta particularidad maravillosa, que hai declinacion fatal, propension hácia el error, hácia el mal, hácia la miseria, y que nos hace subir penosamente y llenos de sudor por las sendas de la verdad, de la justicia y de la felicidad.”¹

§. II.

En el extracto que acabamos de hacer, se manifiesta que los elementos morales del hombre dentro de la órbita de la naturaleza, están representados en una luz no muy clara que le alumbra el bien y que al mismo tiempo engendra cierta mala inclinacion hácia él, y en unas pasiones que le arrastran al mal. La combinacion de estos elementos pasando á la práctica está representada en esa lucha continua de los sentidos y el espíritu, de las pasiones y la razon: sus resultados tienen dos historias que no deben ser confundidas en su exámen, la de los tiempos que precedieron á Jesucristo y la de los siglos posteriores á su venida. Atengámonos á la primera en el presente capítulo, para probar lo que el hombre puede sin la gracia; y reservemos la segunda para el siguiente, á fin de hacer notorio lo que el hombre puede con la gracia. Oigamos aun al autor citado.

“El mundo pagano nos presenta constantemente un cuadro de corrupcion y de descomposicion siempre crecientes, que desconsuela; pero el espectáculo que nos ofrece Roma en los últimos tiempos del imperio, es superior á todos los coloridos.”

“En tanto que algunos talentos especulativos, como un Ciceron y un Séneca, por una especie de atrevimiento y de emancipacion filosófica se elevaban hasta osar creer algunas veces en un primer ser inmaterial;—para el pueblo, para la

¹ A. Nicolas. Estudios filosóficos sobre el cristianismo. Primera parte, lib. seg. cap. III. (Extracto.)

sociedad, para el mundo, Dios, el principio, el origen de la moral, del orden de la sociabilidad, era realmente tal como le habian llamado en el frontispicio de aquel templo de Aténas: *Ignotus*.—El culto idólatra, la deificacion de las pasiones humanas ó de los instintos brutales, atraian todas las miradas, ocupaban todas las imaginaciones, llenaban todos los corazones y constituian toda la esencia de la vida humana desde la cuna hasta el sepulcro.—Las fábulas mitológicas, cuya parte mas pura solo sirve para engalanar las composiciones de la poesía, eran entónces realidades efectivas que se hacian adorar en infinitos templos en los cuales se respiraba su influencia y autorizaban solemnemente todas las perversidades del humano corazon.”

“Es incontestable, y esto solo fué una enorme desgracia, que este culto ocupaba el lugar del culto de la moral y de la lei natural, interceptando así á la sociedad las luces de la ciencia y las advertencias del sentido moral. Jamas entraron en este culto, como elementos necesarios en el divino servicio, ni las justas nociones acerca de la naturaleza de Dios, ni la obediencia de la lei moral, ni la pureza de corazon, ni la santidad de la vida, ni el arrepentimiento de las faltas, ni la enmienda de la conducta futura.—“Nunca se habla de nada que pueda conducir á formar las costumbres y arreglar la vida, decia Lactancio; nunca se busca la verdad; toda la atencion está ocupada en las ceremonias de un culto en que el alma no toma ninguna parte, y que atañen tan solo al cuerpo.”—Así, lejos de prestar ningun apoyo á la virtud, la religion de los paganos, ninguna conexion tenia con nada que fuese virtuoso: dirémos mas; en sí misma entrañaba un gran fondo de depravacion, porque dejaba el corazon abierto á la seduccion de las pasiones y la conciencia desmantelada contra sus violentos ataques.”

“Pero esta religion hacia mas aún: estimulaba y avivaba el arrebató de las pasiones por el sentimiento de la Divinidad, que debe ser siempre su freno. El orgullo y la voluptuosidad eran incensadas y preconizadas bajo sus crueles y degradantes formas. Creáronse una multitud de divinidades con los mas odiosos caracteres, atribuyéndoles la infamia de crímenes atroces; y el mundo adoró la personificacion viva de la borrachera, del incesto, del rapto, del adulterio, de la bellaquería, de la crueldad y del furor, que prestaban al corazon del hombre argumentos prácticos en favor de sus inclinaciones.—Júpiter sedujo á una jóven cambiándo-

¹ Lactant. Instit. Divin. lib. 4, cap. 3.

se en lluvia de oro, y yo, mezquino mortal, ¿no podré hacer otro tanto? ¹—Ovidio, cuya autoridad, como dice M. de Chateaubriand, no sería sospechosa, no quería que las solteras fuesen á los templos para que no viesen las muchas madres que habia hecho Júpiter. ²—Los saltadores y los asesinos tenían tambien sus patronos en el cielo.—“Bella Laberna, concédeme el arte de engañar á los demas, y que me crean justo y santo.” ³

“El culto correspondia necesariamente al carácter de tales dioses: consistia en los mas viles y detestables ritos. La fornicacion y la borrachera hacian parte del culto de Vénus y de Baco. Representábanse en los templos y en los juegos consagrados á estas divinidades los misterios de Adónis, de Cibéles, de Priapo y de Flora. Véase á la luz del sol lo que ahora se oculta en las mas profundas tinieblas, y que el honor y el decoro de la lengua no permiten nombrar. ⁴—En Babilonia, las mujeres se prostituian públicamente en el templo de Vénus. ⁵—En Armenia las familias mas distinguidas consagraban á esta diosa sus hijas vírgenes todavía. ⁶ Las mujeres de Biblos, que no querian consentir en cortarse el cabello en el duelo de Adónis, estaban obligadas, para expiar esta impiedad, á entregarse por un dia entero á los extrangeros. Refiere Estrabon que el templo de Vénus en Corinto era extraordinariamente rico; que poseia mas de mil mujeres públicas entre esclavas y sacerdotisas, regalos hechos á la diosa por personas de ambos sexos.—“Esto era, añade, lo que atraía á Corinto tantos forasteros, y que la hacia opulenta.” ⁷

“No debemos admirarnos de esto: era una consecuencia lógica de la pérdida de las divinas verdades. Hallándose borrada de la superficie de la tierra la primera de todas, la nocion del culto de un Dios único, espiritual y santo, el hombre se acostumbró á creer divino todo lo que era fuerte y poderoso; y como se sentia inclinado al vicio y arrastrado hácia él por una fuerza invencible, creyó fácilmente que esta fuerza le venia de afuera y la divinizó. Por esto tuvo tan-

1 Ego homuncio hoc nec faxim! Ter. Eun. act. 3.

2 Quam multas matres fecit ille Deus! Trist., lib. 2.

3 Pulchra Laverna,
Da mihi fallere, da justum sanctumque videri. Horat., Epist. 14, lib. 1.

4 Lactant., De falsa Relig., lib. 2.

5 Herodoto, lib. 1.

6 Luciano, De Asyria inii.

7 Justin., Athen. Sirab. &c.

tos altares el amor impúdico, y se mezclaron con el culto todas esas impurezas que nos causan horror y que acabaron por constituirle exclusivamente. Cada uno hacia un dios de la violencia de su pasion, como dice el poeta: *Sua cuique Deus fit dira Cupido.*”

“Cálculése cuáles serian las costumbres bajo la influencia de un culto que, á diferencia del culto espiritual y moral que nosotros tenemos, se impregnaba por todas partes, en la vida pública, en la vida privada, en la vida individual; porque en todas partes estaba de acuerdo con las pasiones que le facilitaban todos los accesos, y el cielo y la tierra, los hombres y los dioses se daban la mano para acreditarle y propagarle.”

“Los goces de la sensualidad y todas las torpezas y barbaries que le sirven como de cortejo, eran llevados al mas alto punto. Habia en el embrutecimiento de los espíritus y en la depravacion de los corazones algo de vasto y monstruoso que no podemos definir. Esta energía de la inteligencia y de la voluntad que bajo la influencia del espiritualismo cristiano se ha revelado en los tiempos modernos por tantas instituciones morales y religiosas, tantos descubrimientos científicos, tantas obras maestras en las artes y tan portentosos trabajos en la industria, se hallaba entónces abismada en los sentidos y solo se la empleaba para saciarlos. La organizacion sensual del hombre habia adquirido tan vasta capacidad como la de la inteligencia, porque la inteligencia se habia enteramente trasladado á los sentidos, y de aquí surgieron aquellas proporciones tan colosales en los gustos, las fiestas y los placeres de los antiguos comparados con los nuestros, que nos les hacen aparecer como una raza de gigantes, acabada ya en la tierra si les consideramos por el punto de vista sensual, y como una raza de pigmeos si los medimos por esta fuerza de ideas y esta elevacion metafísica y moral á que nosotros hemos llegado, y que haria de un niño de nuestros dias el catequista de todos los filósofos de la antigüedad.”

“Mas de las dos terceras partes de los habitantes del pais mas civilizado estaban sumidas en la esclavitud y empleadas únicamente en fomentar las sensualidades de la otra tercera parte. Esto solo da una idea espantosa de la abyeccion del hombre, de la fuerza del egoísmo y de la enorme corrupcion que debia producir. ¡Cuántas inauditas crueldades se cometerian á la faz del dia, en una sociedad en que todo lo autorizaba el uso, las costumbres, la lei y los dogmas de la religion! Los señores tenían sobre sus esclavos poder

absoluto, y podían á su antojo molerlos á palos ó condenarlos á la muerte mas dolorosa.—Un edicto del Emperador Claudio prohíbe matar á un esclavo por solo ser viejo y enfermo.—En este caso habia tambien la costumbre de deshacerse de aquellos desgraciados, dejándolos abandonados en una isla del Tiber, y el citado edicto concede la libertad á los que recobrasen la salud despues de haber sido de este modo expuestos. Semejantes transacciones de las leyes con la inhumanidad de las costumbres nos revelan toda la depravacion de aquellos pueblos.”

“Los espectáculos de los gladiadores eran una costumbre horrible procedente de la misma causa que acabamos de indicar, y que es la prueba mas auténtica del espíritu de crueldad reflejada entre todos los pueblos mas civilizados del politeísmo. Estos gladiadores eran una clase de hombres compuesta de cautivos, esclavos, malhechores sentenciados al último suplicio, que se les alimentaba y conservaba con aquel destino, y se les hacia salir á millares en esos anfiteatros inmensos donde debian despedazarse mutuamente para divertir á los ciudadanos de todos sexos y condiciones. En el trascurso de un mes estos espectáculos devoraron á veces veinte ó treinta mil hombres. Roma en masa, todo el universo pagano corria á presenciar aquellas carnicerías, donde no solo no tenia lugar la piedad, pero ni siquiera se notaba rastro de instinto piadoso. Cuando los que iban á morir pedian gracia, las mas jóvenes damas romanas debian rehusársela, haciendo un gesto que era la señal de su muerte.”¹

“Aquellas feroces costumbres se habian conaturalizado de tal modo, que las víctimas se presentaban, por decirlo así, á sus exigencias con una resignacion estúpida; ni siquiera se acordaban de si tenían derecho á vivir; la muerte, que quebrantaba todos los lazos, nada podia contra la cadena de su esclavitud; sus eternas sombras no eran tampoco un refugio para su libertad, y las frentes que ella (la muerte) iba á consagrar, se encorvaban indignamente en la arena para adorar por la última vez al Dios.—César: *Ace Caesar*, exclamaban estas víctimas ya sacrificadas al pasar por enfrente del trono imperial, *morituri te salutant*.”² *

1 *Pollicem vertebant*.—Juvenal, sat. 3.

2 El lector que juzgue de lo pasado por las ideas que actualmente tenemos del derecho, de la libertad, de la dignidad humana, y que no viendo en la antigüedad ninguna protesta enérgica contra semejantes abominaciones, se siente inclinado á creer que es exagerado lo que se dice, la

* Nicolás, obra citada. Primera parte, lib. I, cap. VI. (Extracto.)

No procedamos adelante: esta ligerísima reseña basta para comprender lo que sin el auxilio de la gracia puede la naturaleza con todos sus esfuerzos en el órden moral. Observemos tan solo que tal exceso de depravacion en todos géneros no admite mas explicacion que la falta de la gracia. En efecto, los antiguos tuvieron filósofos insignes, oradores incomparables, poetas modelos; entre ellos el espíritu de investigacion comunicaba un movimiento rápido á la inteligencia; las instituciones políticas, el entusiasmo patriótico, &c. &c., dieron á la elocuencia tribunicia y forense una época señaladísima en los fastos de la historia literaria: las bellas artes dejaron modelos perdurables á la admiracion de la posteridad. Pero si alguna cosa cultivaban con esmero los antiguos filósofos, era la ciencia del hombre moral, que parecia dominar como reina sobre todas las otras, y presentarse como una necesidad indispensable para merecer el título de filósofo. Hai mas, la virtud no llegó á perder su dominio sobre los instintos del hombre, y aunque moralmente hablando, careció de una realidad en los tiempos del paganismo, no le faltó una vida fantástica pero brillante: bajo el carácter de una imágen, como una deidad escondida, como un idealismo verdadero, tenia sus homenajes, recibia sus tributos y nunca se la dejaba de invocar. ¿Qué faltaba pues á los pueblos antiguos para poseer un culto verdadero, una virtud real, una moral práctica? ¿La filosofía? Fueron filósofos. ¿El buen gusto? Eran poetas y artistas. ¿La persuasion? Sus oradores viven todavia en la admiracion de la posteridad, y sus retóricos definian al orador “el hombre que reune el talento de hablar con la moralidad de la conducta.”¹ ¿Qué les faltaba pues? En cuanto á la

relacion que acabamos de trazar le asombra y le parece fabulosa. Pero aquí está precisamente el cúmulo del mal. Se hallaban de tal manera aclimatados víctimas y verdugos, que nunca se oye ni un grito, ni un solo recuerdo, que en nombre de la filosofía ó de la historia, clamen contra un desórden, cuya diezmillonésima parte sublevaria en nuestros dias á la Europa entera. Todo esto acontecia, como si dijéramos, á puerta cerrada; y semejante silencio es espantoso. Estaba reservado á los cristianos ser los primeros en romperle con sus bellos apologeticos, y apoyándose finalmente en otro poder que el de César, se atrevieron á pedir á este, sin rebeldia, pero tambien sin temor, el motivo porque les hacia violencia. En esto no hacian mas que seguir las huellas de su Divino Maestro, que recibiendo un bofetón sobre su faz adorable, contestó con toda la calma del Dios y la dignidad del hombre:—*Si he hablado mal, muestra el mal que he dicho; si no, ¿por qué me hieres?*

1 Vir bonus dicendi peritus.

turalaleza todo lo tenían, todo trataron de explotarlo; y sin embargo, ellos no consiguieron sino descender por una ruta de abismos hasta la última postración de las fuerzas morales, hasta la más lastimosa degradación de la especie. No les faltaba pues sino precisamente aquello sin lo cual la naturaleza es impotente para la virtud; no les faltaba más que la gracia. Creemos pues que basta lo expuesto para dejar confirmada la proposición que sirve de materia á este capítulo. Sin embargo, esta consoladora verdad tiene aun otra prueba incontestablemente mayor: hasta aquí nuestras pruebas han sido negativas, pues que solo hemos tratado de manifestar lo que es el hombre sin la gracia: réstanos aún la prueba positiva, la que tiende á poner en claro lo que es el hombre con la gracia: tal es el objeto del capítulo siguiente.

CAPITULO XIII.

CONCURSO DE LA GRACIA CON LA NATURALEZA EN EL DESARROLLO DEL PODER MORAL DEL HOMBRE.

“Con la gracia de Dios lo podemos todo,” decía San Pablo. Ved aquí una proposición bien sencilla, pero de una comprensión inmensa.

“En el cristianismo la *gracia* lo es todo: es su soplo, su savia, su levadura; por ella ha triunfado el mundo. El plan del cristianismo, con todas sus armonías y sus profundas relaciones, jamás hubiera podido caber en la concepción de una cabeza humana; pero aun admitiendo que esto hubiera sido posible, nunca hubiera podido ser formulado; y si alguna vez hubiera salido en efecto de la cabeza de su autor, le hubiera sucedido lo que á la república de Platon: hubiera ido á morir en el papel. Concibiera Arquimedes una máquina bastante poderosa para levantar el mundo, y Descartes el mecanismo del universo, disponiéndose á crearlo con el movimiento de sus átomos; la audacia del humano ingenio no puede pasar más allá ni llegar á la ejecución: al uno le falta un *punto de apoyo*, y al otro *materia y movimiento*. Solo á Jesucristo nada le ha faltado: concibió é hizo; su concepción no se reveló sino en la ejecución, y para él, como para el Creador, haber querido es haber hecho.”

“Por lo mismo, sin el conocimiento de la *gracia*, que es la virtud creatriz de Jesucristo, no veremos más que la en-

voltura del cristianismo; si queremos conocerlo por completo, es menester bajar hasta las profundidades de la *gracia*.

Primero. Pero ¿qué es la gracia? ¿Cómo podremos conocerla? Solo hai un medio para esto último, y es recibirla.”

“La gracia no es una idea metafísica, una verdad intelectual y comunicable por la palabra: es un *hecho vivo*, visible por la experiencia; y como es un *hecho sobrenatural* no tiene analogía con nada de lo que conocemos, y por consiguiente no hai nada que pueda darnos una idea de ella, ni nada que nos dispense de ponernos en contacto directo con ella para conocerla.”

“Por esto la gracia es el secreto de las almas piadosas, va inherente á la práctica de la fe y es como el premio de la fidelidad; aunque si esta fidelidad cesa alguna vez, la *gracia* se pierde, y se pierde con ella todo, hasta su memoria.”

“Esto está admirablemente conforme con todo el conjunto del cristianismo, que conduce las almas á la luz por las pruebas de la fe, y que convierte la inteligencia de sus misterios en premio de sus virtudes. La acción de la gracia en nosotros es la prueba más sencilla y más irresistible de la divinidad del cristianismo. Era pues muy justo que estuviera reservada á los verdaderos fieles, y que los que más creyesen fuesen los que viesen más.¹ Un piadoso aldeano ve claramente y con plena y racional certidumbre (porque se halla esta fundada en el testimonio de su propia y sensible experiencia), la divinidad del cristianismo en lo que un talento, por otra parte cultivado, pero separado de la gracia, no hace más que entreverla.”

“¿Queréis pues una hermosa prueba del cristianismo, una prueba que todavía no ha fallado en nadie, prueba infalible y que comprende á la vez todas las pruebas? Abandonad los estudios filosóficos, y en lugar de discutir sobre la verdad, *hacedla*, practicadla, ponéos á vosotros mismos por obra, y lo que os parecía deber ser la consecuencia de la fe, se convertirá en su principio, ó más bien cambiará en intuición. . . . Seguid, seguid los caminos de Dios, y á cada paso que déis veréis aumentarse la luz y desvanecerse ó dejar atrás todas las dificultades; y sentiréis introducirse en vosotros, y en todas vuestras más secretas facultades, un espíritu vivificante, una dulce energía, una unciou corroborante, que no habréis jamás conocido y que mejor que todos los ratiocinios os demostrarán la verdad. . . . En algunos de sus efectos es la gracia un milagro que prueba también la acción de Dios,

1 “Cierra los ojos y verás.”—Joubert, *Pensamientos y Máximas*, t. 1.

como la resurreccion de un muerto; porque es un hecho sensiblemente sobrenatural. ¡Quién es el que viniendo de beber en las fuentes de la gracia no ha adquirido en ellas una certidumbre inmutable, una fe invencible, que se rie de todas las objeciones, como aquel filósofo, que para probar el movimiento, creia que no tenia necesidad mas que de echarse á andar!... Haced esto y creeréis."

"La gracia es en el órden moral, lo que la atraccion en el órden físico. Obra sobre la humanidad como el astro de la noche sobre los mares; se apodera de las voluntades y corazones de los hombres, y los hace correr tras los santos rigores de sus virtudes, de la misma manera que antes corrian tras los culpables placeres de la licencia; y todo esto por medio de una fuerza seductora que solo impera por amor, y que hace que, aunque se la pueda resistir teóricamente, no se pueda en práctica.—Este es el *quid divinum* de la conversion de todo el universo pagano á la cruz de Jesucristo, y es el mismo agente de la conversion, de la perseverancia y del progreso en cada cristiano en el camino de la cruz, que es el de la virtud."

"Procuremos dar una idea mas sensible de la gracia, tomando la idea de un fenómeno moral que nos es comun á todos y del cual es ella remedio y antídoto."

"Si no todos conocen la gracia, todos conocen la *concupiscencia*, es decir, esa inclinacion al mal que traemos al nacer; ese veneno hereditario que se nos comunica con la sangre en el seno maternal, y que hacia decir á un gran rei: "He sido concebido en iniquidades, y en pecado me concibió mi madre;"¹ y á Ovidio despues de Eurípides y ántes de San Pablo:

*Vide meliora proboque
Deteriora sequor.*

"¡Qué admirable fenómeno! Si no lo experimentáramos á cada instante, ¡podríamos creerlo! Naturalmente es preferible el bien al mal, el órden al desórden; lo vemos, lo confesamos, y á pesar de verlo y confesarlo, hacemos todo lo contrario, y nos inclinamos, nos echamos al mal. *Veo una lei en mis miembros que contradice á la lei de mi voluntad, y me lleva esclavo á la lei del pecado; porque no hago lo bueno*

¹ *Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea.*—Psalm. *Miserere.*

*que quiero; mas lo malo que aborrezco, aquello hago.*¹ Hai como un imán secreto, un encanto fatal, oculto en todo lo que está prohibido, que lo hace triunfar en nosotros de todas las razones, de todas las resoluciones, y nos desvia hácia el desórden como á pesar nuestro, sin que podamos hacer otra cosa que echar estériles miradas á la virtud al irnos alejando de ella, y ocultar la vergüenza de nuestro rostro entre sus manos.² No todos ceden igualmente á este atractivo, pero todos lo sienten: la razon aislada es para ello impotente, y los mas virtuosos no hacen mas que oponerle consideraciones de interés, el orgullo y el egoismo, salidas del mismo origen, y que son otro de los modos de obedecerla pareciendo resistirla."

"Si se quiere tener una idea justa de la gracia, figurémosnos que es el reverso de la medalla de esta mala inclinacion, y una especie de contrapeso puesto en la balanza de nuestro libre arbitrio, para neutralizar la inclinacion que tenemos al mal, darnos aplomo y restablecer en nosotros la rectitud y la libertad del bien. Naturalmente la razon está en un lado, y en el otro la pasion; por medio de la razon vemos el bien, por medio de la pasion gustamos el mal. La gracia da á la razon atractivos, y ofreciéndole el bien se lo hace gustar. Combate á la concupiscencia en su propio terreno, en el corazon; y ella misma se hace al fin la concupiscencia del bien."

"El hombre se entrega al mal por su propia concupiscencia, dice Leibnitz; el placer que en él encuentra es la red en que se deja prender. Platon lo dijo, y lo repitió Ciceron: *Plato voluptatem dicebat escam malorum.* La gracia, como observa San Agustin, le opone un placer mas grande. Todo placer es un sentimiento de alguna perfeccion: amamos un objeto en cuanto sentimos sus perfecciones: nada excede á las perfecciones divinas; de donde se sigue que la caridad y el amor de Dios causan el placer mas grande que se pueda concebir, á medida que (por la gracia) vamos penetrándonos de estos sentimientos, que no son ordinarios en los hombres, porque están siempre ocupados y repletos de los objetos de sus pasiones."—Esto nos conduce á la definicion que de la gracia daba Pascal: "Es Dios sensible al corazon."

Estos dos estados de concupiscencia y de gracia no son naturales: son dos modificaciones distintas. Es imposible

¹ Roman 7.

² Esto es lo que nos representó Homero bajo la fábula de las Sirenas.

que hayamos salido de este modo de las manos de Dios, y los mismos paganos lo creyeron así, á pesar de no conocer el hecho del pecado original. Con la sola ayuda de la razon adivinaron que la humanidad era una especie de resto ó ruina de sí misma. De aquí se originó una segunda naturaleza en nosotros, naturaleza extraviada con la cual todos nacemos, pero que no es la naturaleza verdadera. Esta ha sobrevivido en parte, aunque débilmente, lo bastante para protestar contra los malos instintos de la naturaleza corrompida, y para hacerle pagar nuestros vicios con remordimientos. Esclavos por aquella, dice Rousseau, somos libres por esta. ¡Triste libertad! Se parece á la de aquellos pueblos conquistados que insultan á sus tiranos en secreto, y que en público los obedecen y veneran.”

“La gracia de Dios es la destruccion de este estado y el retorno á la vida primitiva. Por esto parece sobrenatural, y lo es en efecto, pero tan solo con relacion á la naturaleza corrompida; pues con relacion á la naturaleza primitiva, es natural, porque es esta misma naturaleza reintegrada en nosotros.”

“Por consiguiente, entre el estado de concupiscencia y el estado de gracia, el mas anormal, el mas antinatural, el mas incomprensible á la razon es el primero, porque pone nuestra voluntad en desacuerdo con nuestras inclinaciones, subleva la carne contra el espíritu, el sentimiento contra el pensamiento y nos divide como en dos hombres, en dos naturalezas irreconciliables aunque indisolubles; miéntras que el estado de gracia haciéndonos amar lo que debemos querer, domando la carne, emancipando el espíritu, inclinándonos al bien por instinto y por conviccion, por amor y por necesidad, y haciéndonos encontrar el gusto y la felicidad en nuestros deberes y destinos, es el verdadero estado de la naturaleza; porque es un estado de orden, de rectitud, de armonía y de unidad.”¹

La accion de la gracia en el hombre, despues del pecado original, es pues una accion reparadora que tiende á restituir al hombre al estado de inocencia, al estado de virtud, al estado de una naturaleza pura y perfecta. La mas ligera observacion acerca del hombre nos basta para comprender que el bello ideal de su naturaleza, consiste en el predominio absoluto del hombre espiritual sobre el hombre carnal, predominio por el que manifestamos la excelencia de nues-

¹ *Augusto Nicolas*. Estudios filosóficos del cristianismo. Segunda parte, cap. XV.

tro ser sobre toda la naturaleza creada. Veamos pues cómo despues de la degradacion que vimos en el capítulo precedente, rápida y enérgicamente pintada por el célebre Nicolás Augusto, el género humano individual y socialmente volvió á incorporarse en los senderos de la felicidad á favor de una luz y con la proteccion de una fuerza que ciertamente no pertenecen á la tierra. Demos á conocer histórica y filosóficamente la gracia por los maravillosos efectos del cristianismo en el orden moral, así en el individuo como en la sociedad.

§. I.

Efectos de la gracia en el individuo.

La libertad de que el hombre se halla dotado, ha hecho, hace y hará siempre, que el mundo presente el cuadro del uso y el cuadro del abuso; pero este nunca será parte á opacar el bello lustre que el cristianismo, con la difusion de la gracia, derrama constantemente sobre la historia de la virtud. “En el seno de la perversidad natural y social, al través de todos los obstáculos que encuentra y que ella misma suscita, en ese perpetuo flujo y reflujo de pasiones y de crímenes que componen este miserable mundo, se mantiene sin cesar en una pureza inviolable, en una fijeza invencible, en una fecundidad eterna. Incesantemente está formando almas de una belleza prodigiosa, que causan envidia al mismo cielo, para el cual las prepara, y que con frecuencia él solo llega á conocer. Con nuestra pobre y vil naturaleza hace ángeles, hace santos.”

“Santos! ¡Sabéis bien lo que es esto? ¡habéis reflexionado alguna vez sobre el fenómeno de la santidad?”

“¿Qué es el hombre tomado en su estado natural? todos podemos saberlo echando una mirada sobre nosotros mismos: es, en lo que hai de ménos malo, un ser inclinado al mal, al egoismo, á la pereza, al orgullo, á la codicia, á la sensualidad, á la crueldad, á la doblez, á una increíble frivolidad. Si se abandona á sus inclinaciones, ¡á qué grado no llega de perversidad y abyeccion? y si las contiene á medias gastado por los esfuerzos que le cuesta, nada le queda para elevarse hasta el bien. Esta grande naturaleza se halla circunscrita al círculo de una moralidad negativa é infecunda: no obra mal; este es todo su heroismo. Y para esto aun es preciso que el temperamento, la edad, la condicion, el buen natural y la carencia de un mayor interes, no ofrez-

can á la voluntad grande lucha que sostener, ó que pueda apoyarse esta en algunos groseros motivos de reputacion, de orgullo y de inaccion que balanceen el mal con el mal mismo, y que no dejen á ese sabio otro mérito que el de conservarse en equilibrio entre los excesos, y de ser no mas que un epicureo de virtud."

"He aquí de lo que es el hombre capaz. Poco mas ó ménos este es el diapason de su virtud. Lo mismo que su naturaleza física, su naturaleza moral no traspasa nunca ciertos límites, no salva cierto nivel."

"En este nivel toma el cristianismo al hombre para elevarle hasta la mas alta santidad, es decir, en un estado en que todos los malos instintos de nuestra naturaleza son anatematizados, y en que el bien, en lo que tiene de mas general y absoluto, se hace la profesion de todos los dias, de todos los instantes y de todos los suspiros de la vida; en que el alma, siempre inclinada y suspirando por la perfeccion, y deseando alcanzarla y llegar á ella cada vez mas, no solamente se priva de todo cuanto es prohibido, sino que se despoja hasta de lo que le es permitido, de todo cuanto hai de mas agradable, de mas querido y mas inherente á nuestra naturaleza, se inmola dolorosamente, se circuncida el corazon, no vive ya de la vida sensible y concupiscible, sino para morir á ella todos los dias, y por este medio nace, crece, se eleva y derrama en una vida nueva, toda la perfeccion de deber y de virtud, en la que no viendo jamas el bien que hace, sino el que deja de hacer, se desprecia haciendo actos de heroismo, se excita y aguijonea por todos los límites del deber, y va á confundirse, si es lícito decirlo así, con la perfeccion infinita del mismo Dios."

"Este es el estado perfecto de santidad: estado sobrenatural para cualquiera que reflexione en la corrupcion y pesadez de nuestra naturaleza, como lo seria para el físico el estado de un hombre que no tocara á la tierra y se sostuviese habitualmente en los aires."¹

En vano se querria buscar fuera del cristianismo un elemento capaz de elevar al hombre á tan sublime altura. Los paganos hablaban de virtud; muchos de ellos se preciaban de practicarla; pero en la realidad ni aun llegaron á conocer su fondo, ni ménos podian atinar con esa escala invisible que comenzando en la abnegacion termina en la santidad. "La palabra virtud, que en el dia refiere todas las ideas á un solo tipo, era entre ellos específica, con tantas

1 El mismo autor en la obra citada, tercera parte, cap. VII, §. I.

modificaciones como costumbres, hábitos y escuelas habia. De aquí es que su idea no la tomaban mas que en sí mismos. Indudablemente la idea de la virtud está en nosotros, tenemos conciencia de ella; pero está solo en estado de *reflexion*, como una imágen en un espejo: su esencia está en Dios, á cuya semejanza estamos formados. El sentido moral es la imágen de Dios en nosotros. Pero esta imágen no puede subsistir sino por su relacion con el original, de modo que no puede haber virtud verdadera mas que por la religion que constituye esta relacion. Poco á poco y como consecuencia de un desórden original, habia ido el hombre perdiendo la vista de Dios, y el politeismo habia corrompido la religion verdadera hasta el punto monstruoso de que en lugar de ser el espejo de la perfeccion de Dios, el hombre habia hecho de Dios el espejo de sus propias imperfecciones, que se le presentaban ya como modelo. Las relaciones entre Dios y el hombre, no solamente estaban perdidas sino invertidas. ¿Cómo podia conservarse en medio de semejante trastorno la idea de la perfeccion moral? Sin duda en el fondo quedaba todavía algo de ella en la conciencia del género humano, pero este algo era tan embrollado y confuso, que se prestaba á todas las falsas interpretaciones, á todos los errores y á todos los extravíos que nos ofrece la moralidad entre los antiguos."

"En el colmo de este estado tomó el cristianismo al género humano. Por consiguiente, ¿cuál fué el principal medio de la regeneracion que vino á traerle! hacer salir la perfeccion divina, la santidad por esencia de lo *desconocido*, en que se hallaba como abismada; acercarla y hacerla descender al alcance del hombre; personificarla, encarnarla para que se hiciese mas visible y mas sensible, y ¿cosa profundamente admirable! humanizarla. La santidad en Dios nos hubiera abrumado, y nosotros no hubiéramos sabido cómo imitarla en nuestra calidad y condicion de hombres, puesto que los objetos en que debiamos ejercitarla no son los mismos para nosotros que para Dios. Para salvar esta dificultad se hizo Dios hombre, á fin de que nosotros viésemos su santidad en ejercicio humano. Nos enseñó la manera de mirarnos á él para imitarlo segun nuestra condicion, tomando él mismo esta condicion y practicando en ella nuestras virtudes humanas con su santidad de Dios. Redujo, coló, permitásenos el atrevimiento de la expresion, coló la esencia de su infinita santidad en un molde humano; se hizo hombre-modelo, hombre-Dios, á fin de que para imitar á Dios no tuviéramos que hacer mas sino imitar á un hombre."

“Desde entónces la raza de los santos no ha dejado de reproducirse en la tierra, sin degenerar jamas. ;Qué multitud y diversidad de santos no ha engendrado el cristianismo en todas épocas, en todas las situaciones, en todas las edades y en todos los rangos, abciéndose paso al través de todo, por una virtud que hace lo que quiere y que solo se aconseja consigo misma; oponiendo á las dificultades y necesidades de los tiempos, diversos caracteres de santidad que los dominan, y en los cuales se encarna y perpetúa su imprescriptible poder! Nos falta espacio para delinear, hasta para nombrar esos testimonios vivos de la divinidad de nuestra santa religion; su número no nos lo consiente, y su superioridad nos dispensa; y no pudiendo escoger entre todos esos héroes, preferimos dejar que se presenten por sí mismos al recuerdo y á la admiracion del lector: no tienen ninguna necesidad de recomendacion.”

“Y no es preciso limitar á los santos canonizados por la Iglesia el número de esos florones de la corona del cristianismo; hai una multitud de otros que pasaron en la oscuridad, que viven y mueren en ella todos los dias, tanto mas santos cuanto mas desconocidos son al mundo y á sí mismos, y que están como perdidos en su humildad. Los santos son como las estrellas del firmamento: ademas de las que forman las várias constelaciones reconocidas, hai una infinidad de otras que por su misma elevacion se ocultan á nuestra vista: el cielo espiritual tiene tambien su via láctea.”

“La accion del cristianismo es incesante é infinita, aun cuando á veces sea oculta; y despues de dos mil años de fecundidad, germina y da todavía flores tan aromáticas y frutos tan sabrosos como en su principio. Es una funesta preocupacion que desalienta á muchas almas, al imaginarse que la santidad sea tan extraordinaria, y el no reconocerla mas que en las manifestaciones exteriores que caracterizan la vida de los principales santos; ademas de aquellos por cuyo medio quiso Dios edificar al mundo, hai muchísimos otros á quienes reserva para sí solo. La santidad puede existir sin manifestaciones exteriores; decimos mas, sin manifestacion interior. Los actos y no su manifestacion es lo que hace los santos; y como el distintivo de la santidad es la sencillez, debe de haber una multitud de almas, á quienes el mundo no conoce y que no se conocen á sí mismas, á quienes despreciamos y que tambien se desprecian á sí propias, las cuales de seguro están en los caminos de la santidad.”¹

1 Nicolas, obra citada. Tercera parte, cap. VII, §. I

§. II.

Efectos de la gracia en la sociedad.

“El fruto del cristianismo no está limitado á la santificacion individual de sus miembros, sino que, por medio de esta santificacion purifica y moraliza la conciencia pública del género humano, de la cual participan los mismos que permanecen separados en su accion inmediata. El cristianismo ha dado la salud al mundo. Desde su centro sobrenatural ha obrado sobre el natural de las sociedades humanas. Las legislaciones, las instituciones, las costumbres y las diferentes relaciones que las componen, han sido reformadas sobre el Evangelio. La corrupcion pagana y la barbarie germánica han ido sucesivamente desapareciendo, y el mundo ha llegado á respirar el cristianismo como el aire. Todo lo que es general en el día, todo lo que es público y universal, es cristiano ó se encamina á serlo. Indudablemente hai y habrá siempre corrupcion y perversidad en el mundo, porque habrá siempre libertad; hasta parece que en nuestros dias las hai mas que nunca; pero á mas de que nos hallamos en un estado extraordinario de transicion, podriamos hacer observar que no hai mas que crímenes *privados*. En otro tiempo habia crímenes públicos, sociales, colectivos; la perversidad se hallaba no solamente en las almas particulares, sino en el alma misma de la sociedad, en las leyes, en la opinion, en las instituciones, en los hábitos, en todo aquello por lo cual vivimos en comun. En la actualidad, no tememos decirlo, la hai ménos que nunca, y cualesquiera que sean los extravíos de la moralidad privada, el nivel de la moralidad social ha ido siempre, salvo en las épocas de crisis, elevándose cada vez mas. Hai un fenómeno que importa mucho observar: cada uno de nosotros tiene, en cierto modo, dos existencias; una privada, libre y responsable, y otra pública, social y sujeta á la influencia de la atmósfera en que vivimos. No siempre está esta de acuerdo con aquella, y sucede con frecuencia que censuramos con todo el mundo y de buena fe lo mismo que cometemos en particular. Quizas nunca han estado estas dos existencias mas divorciadas que en nuestros tiempos modernos. Nunca, si queréis, habrá habido mas crímenes; pero tampoco se habrán hecho nunca tantas protestas. Los mismos crímenes que se cometen tienen un carácter de singularidad, de *excentricidad*, como dicen, que se declara contra la insensatez lo

mismo que contra la perversidad; hasta tal punto lo rechaza la razon pública, y la conciencia social los condena. Hágame lo que se quiera, suceda lo que se quiera, habrá siempre alguno que permanecerá cristiano y que lo irá siendo cada vez mas: este alguno es todo el mundo. Los impíos y los malvados honran el freno que cubren de espuma, y aun cuando su número fuese mas considerable y mas encarnizado su furor, no les seria permitido jamas prevalecer contra el cristianismo, y esto por una razon mui sencilla; porque no pueden combatirlo sino por medio de sus dones."

"Por cierto es este un fenómeno mui raro y una hermosa prueba de la divinidad de un principio, que despues de haber conducido el mundo hasta un punto tan elevado de civilizacion, á través de los elementos mas contrarios, lo contiene en él, en contra de la inmortalidad privada que esta misma civilizacion engendra, y continúa haciéndolo avanzar en ella, á través de todos los excesos particulares de una sociedad que vivifica á despecho de sus miembros."

"El cristianismo triunfó de la corrompida civilizacion del paganismo: purgó de ella al mundo, y este fué un bellissimo preludio. En seguida tuvo que emprender otro trabajo enteramente distinto del primero, pero no ménos grande y bello: tuvo que triunfar de la barbarie que vino á interponerse á su accion regeneradora. Despues de haber separado los hombres civilizados de sus preocupaciones, tuvo que civilizar á los salvajes. Despues de haber corregido tuvo que enseñar. Por distinta que fuese de la primera esta segunda empresa, la llevó á cabo con igual resultado, sin cambiar de principios ni de medios, sin dejar de ser siempre el mismo. Hasta llegó; cosa admirable! á trabajar por mucho tiempo y á la vez en estas dos grandes empresas; y mientras que con una mano santificaba las costumbres pútridas de Roma y de Corinto, amansaba y civilizaba con la otra los feroces hábitos de las hordas vomitadas por el Norte. De este segundo alumbramiento salió el mundo moderno con todo el desarrollo de sus facultades morales, intelectuales é industriales. Pero faltábale al cristianismo pasar por otra prueba y alcanzar otro triunfo: salvar al mundo del abuso de los bienes de que lo habia colmado; conservarles estos bienes y aumentarlos á despecho de este abuso; hacerlo pasar por encima del fatal escollo, contra el cual toda humana sociedad se ha estrellado, á saber: la corrupcion de sus propias riquezas, la decadencia de sus propias grandezas, la muerte despues de la vida. Escollo mas temible que los anteriores, pues está en razon de la altura de la civilizacion que lo

engendra, y el triunfo debe obrarse sin ningun apoyo de la misma naturaleza del obstáculo, y por un esfuerzo puramente interior."

"Este es, sin embargo, el grande espectáculo que tenemos á nuestra vista, sin fijarnos mucho en él, y que caracteriza nuestra época de *transicion*. La crisis heroica que hace mucho tiempo se iba preparando, se declaró decididamente en el siglo XVIII. La sociedad moderna rajó el escollo; zozobró y desapareció por algun tiempo en los abismos. Pero llevaba un piloto divino que sabe mandar á los vientos y á las olas. Ha reaparecido la civilizacion, vomitada por el abismo en que se habia perdido; y si se hace sentir todavía la agitacion, si las pasiones baten aún los flancos de la Iglesia de Jesucristo y se sublevan para apoderarse otra vez de ella, dejadlas, esto no es mas que un resto ó una repeticion ficticia de peligro. La razon cristiana, la fé católica, identificadas de hoy mas con todo cuanto hai de verdaderamente conservador, civilizador y progresivo, van tomando cada dia una situacion mas elevada; y despues de tantas pruebas de la accion de Dios y tantas prendas de la fidelidad de sus promesas, ilustrados por lo pasado, confiados en lo presente y seguros del porvenir, digamos con Pascal: "Es mui bueno verse de este modo azotados por la tempestad, en una embarcacion que se sabe no puede perecer."¹

CAPITULO XIV.

DE LA UNIVERSALIDAD DE LA GRACIA.

Lo que acaba de leerse, prueba ya bastante que la gracia ejerce una accion universal sobre los hombres, pues influye, no solo en el individuo, sino tambien en la sociedad; pero ella tiene una institucion en la tierra, institucion en que están vinculadas y con que están garantidas la extension universal y perpetuidad de la gracia: una institucion en que ella se manifiesta con señales exteriores, aunque sin dejar de ser interior en su accion, pues que obra directa y especialmente sobre el alma. ¿Cuál es esta institucion? La Iglesia, como distribuidora de la palabra, como custodia del culto y ministradora de los sacramentos. Aunque la asistencia divina de la Iglesia, la fuerza interior de sus dogmas y la accion invi-

¹ El mismo autor en la obra y lugar citados.